

## Deseando corresponder

a la constante buena acogida que le dispensan sus numerosos lectores

### LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

no repara en sacrificio alguno para preparar algo verdaderamente extraordinario, algo que sobrepasará todas las esperanzas.

¡ALGO QUE SORPRENDERÁ  
A TODOS!

¡EL MAYOR ACONTECIMIENTO DEL AÑO!

¡UNA ENORME SORPRESA  
PARA NUESTROS LECTORES!

¡ALGO QUE SE DARÁ POR LA  
CUARTA PARTE DE SU COSTE!

IMPORTANTE: Estamos reimprimiendo todos los números agotados por lo que nuestros lectores que deseen completar sus colecciones pueden pedir los números que les falten en todos los kioscos.

¡NO OLVIDARLO!

E. YERBAGUER MORSRA.-TOPETS, 18.-TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 112

50 cts.



EL  
CABALLERO  
SIN TACHA

por  
Gloria Swanson  
y Milton Sills

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Via Layetana, 12  
Administración { Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 112

---

**EL CABALLERO SIN TACHA**

POR

GLORIA SWANSON

Y

MILTON SILLS

PARAMOUNT PICTURES

Exclusiva de

SELECCINE S. A.

PROGRAMA AJURIA ESPECIAL

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
EARLE WILLIAMS

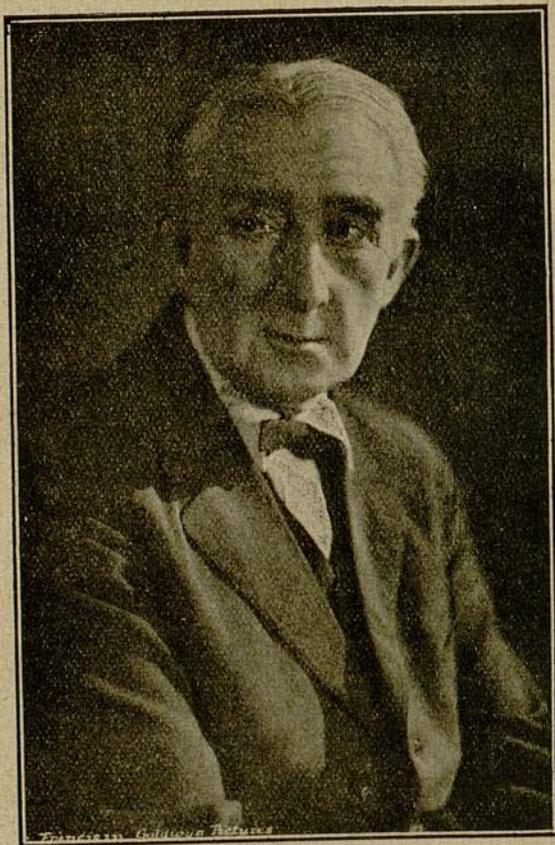


# El caballero sin tacha

---

En Pelham Court, la casa solariega de los Pelham, el Barón sir Eduardo, viudo hace años, vive consagrado a velar por la felicidad de su hija y acariciando los recuerdos, frescos aún, de su romántico pasado.

Solo en su biblioteca, aquella mañana, respondiendo a la idea de un proyecto que venía estudiando de algún tiempo a esta parte, sir Eduardo había cogido los estuches que guardaban las joyas de la familia, abriéndolos encima de la mesa y contemplando los matices de las piedras preciosas, engastadas en oro y platino, y cuyos fulgores hacían revivir en su corazón las dulces memorias de la esposa que tanto amó.



Sir Eduardo Pelham

ALEC B. FRANCIS

Veinte años atrás, hallándose en la capital de Rusia, a la que había ido como secretario de la Embajada de su patria, un día le deslumbró la peregrina belleza de la que a los pocos días fué su esposa.

La conoció en una reunión donde actuaba como bailarina con un grupo de gitanos circasianos, todos originarios de la región del Cáucaso, famoso porque sus mujeres son las más bellas del mundo.

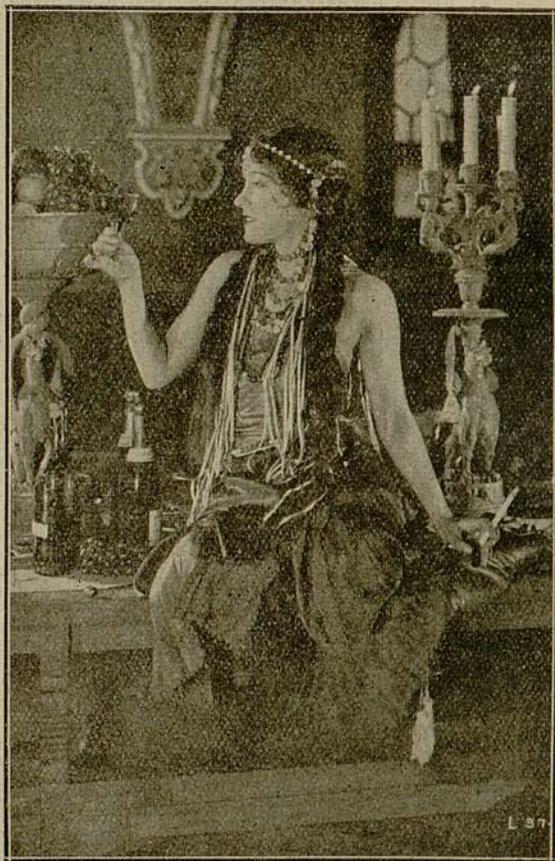
Se llamaba Nada, y su cuerpo tenía la agilidad y la elegancia elástica y febril de su raza y sus ojos eran tan grandes y bellos, que parecía como si todas las demás perfecciones de su figura y de su rostro no fueran otra cosa sino el ornato adecuado de ellos.

Viéndola bailar, sir Eduardo entusiasmóse de tal modo que atrajo la curiosidad de la linda bailarina, la cual, para agradecerle sus aplausos, concluyó una de sus danzas a los pies del secretario de la Embajada inglesa.

Y sucedió que a uno de los circasianos no debió parecerle bien aquel homenaje de Nada al desconocido espectador, por lo que, acercándose a la gitana, la cogió por un brazo, sacudiéndola con violencia.

Sir Eduardo acudió en ayuda de la muchacha, convirtiéndose en su defensor.

Y este fué el principio de unos amores que llevaron al Barón de Pelham—quien hasta entonces había sido un verdadero esclavo de las conveniencias sociales—, a saltar por encima de todos los prejuicios de su casta, uniéndose en matrimonio a Nada, no obstante la tenaz oposición de todos sus parientes.



La conoció en una reunión, donde actuaba como bailarina...



...atrajo la curiosidad de la linda bailarina, la cual, para agradecerle sus aplausos,...

De esta unión, en la que fué todo lo feliz que se puede ser en este mundo, había tenido una hija, en la que, al morir su esposa, concentró todo su cariño.

A pesar de esta experiencia tan favorable, sin embargo, lo que más le preocupaba ahora, respecto de su hija—sin darse cuenta de la contradicción en que incurría con sus propios actos—era que ésta pudiera realizar un matrimonio socialmente desigual, peligro contra el que trataba de prevenirse.

Nadina Pelham, la hija a quien adoraba sir Eduardo, era el vivo retrato de su madre, y con esto dicho queda todo cuanto pudiera consignarse en elogio de su belleza, en la que persistían, perpetuándose con singular fidelidad, los rasgos distintos de la estupenda hermosura de la gitana de Circasia.

Muy temprano, como costumbre en ella inveterada, había salido a dar un paseo a caballo, llevando la compañía del mayordomo de Pelham Court.

De regreso de su hípica excursión, subió a su cuarto, acarició el lomo de un libro que siempre tenía en la mesa de su gabinete, y ya se disponía a cambiar de ropa, cuando le anunciaron:

—Señorita, su papá la espera a usted en la biblioteca.

Alegre y bulliciosa como un pájaro, llena de la alegría de vivir, Nadina corrió a reunirse con su padre, al que sorprendió contemplando aún las joyas de la familia.

Ningún espectáculo más agradable para una



Nadina Pelham . . . . . GLORIA SWANSON

joven que aquel que se ofreció a los ojos de Nadina.

Extendidos en la mesa hallábanse los estuches abiertos, mostrando la riqueza de las alhajas que guardaban en su lecho de seda y terciopelo.

—¡Oh, papá, qué maravilla!

La encantadora muchacha cogió un magnífico «pendentif» de platino y perlas, con una amatista circuida de seis brillantes y la aproximó a su pecho.

Sir Eduardo la dejaba hacer, gozando con su alegría.

—¿Me lo regalas?—preguntó ella.

—Nadina, estas joyas pertenecieron últimamente a tu madre... El día que te cases serán tuyas.

—Entonces, voy a tener que esperar mucho tiempo.

—Quizás no.

—A ver, a ver, ¿cómo es eso?—dijo precipitadamente la joven, intrigada por las palabras de su padre y sentándose en la mesa.

El acarició las manos de su hija, y añadió:

—Tú no ignoras que a mi muerte, que no puede estar ya muy lejana, esta casa de mis antepasados y mi título deben pasar a poder de tu primo Eustaquio...

—Primo a quien no tengo el gusto de conocer—interrumpió Nadina.

—Cierto, no le conoces aún, y por eso espero que hoy, respondiendo a una invitación mía, llegue para que pase unos días con nosotros y podáis conocerlos.

Sin duda, lo que decía sir Eduardo era muy

interesante, y Nadina lo escuchaba con atención.

—Y quiero advertirte que el objeto principal de su visita es pedirme tu mano.

—¡Qué atrevido!—exclamó en broma la muchacha.

Su padre sonrió, satisfecho de que a su hija no le pareciera mal la noticia, y concluyó:

—Yo le he autorizado para ello.

Nadina saltó de la mesa, complacida de todas las novedades que aquel proyecto traería consigo.

—Pues si le has autorizado tú, de acuerdo.

—Gracias por tu confianza, hija mía.

—Ahora que—añadió la joven—yo no había pensado en casarme. ¡Esto es una sorpresa enorme para mí!

Volvió a colocar el «pendentif» en su estuche y, acercándose a su padre, preguntó:

—Y dime, papá, ¿es guapo mi primo?

Sir Eduardo procuró rehuir la respuesta, diciendo:

—Dentro de muy poco lo conocerás.

Sin duda pensaba que la belleza o fealdad de un hombre depende casi exclusivamente de la manera que tengan de mirarlo las mujeres.

—Bueno, con tu permiso, me voy a cambiar de ropa.... No quiero que mi gentil primo me sorprenda con este traje de montar a caballo—dijo Nadina.

Y salió de la biblioteca, subiendo a sus habitaciones, donde la esperaba su ama de llaves, Miss Mary, una bondadosa mujer, toda comprensión para la aparente ligereza de Nadina, a la que amaba tiernamente porque co-

nocía los tesoros de ingenuidad y rectitud que encerraba su corazón.

—¡Oh, Miss Mary! Estoy muy contenta —entró diciendo la joven.

El ama de llaves la miró sin sorpresa, esperando alguna excentricidad.

—Va a venir mi primo Eustaquio, Mary, a pedir a papá mi mano. ¿Qué le parece?

—Si el señor lo ha creído conveniente, me parece muy bien.

—¿Y usted qué supone? ¿Será guapo mi primo?

—¡Qué pregunta, señorita Nadina! Eso sólo podrá decirse cuando lo veamos.

—Pues yo no necesito verlo para saber que es guapo. Pero ¿por qué me mira usted así?... ¡Ah, ya sé! Aun no he cambiado de ropa.

Siempre parlera y alegre, vistióse un sencillo y elegante traje de *lamé* y brocados que componía una *toilette* deliciosa.

Cumplidos sus deberes, retiráronse Miss Mary y la doncella que había ayudado a su señorita a vestirse.

Al quedarse sola, Nadina cogió el libro que tenía en el centro de su gabinete y que ostentaba en la cubierta el siguiente título: BAYARD.

Aquel era su libro predilecto. La biografía del héroe francés, *el caballero sin miedo y sin tacha*, constituía, a su juicio, el modelo de lo que debieran ser los hombres. Y no pasaba día alguno sin que ella relevara unas cuantas páginas de historia contenida en aquel tomito finamente encuadrado.

Un bocinazo suspendió su lectura, y la jo-

ven asomóse a una ventana, desde la que vio como un «auto» deteníase cerca de la escalinata de la casa y un hombre joven, de aspecto agradable, descendía del coche y acariciaba a uno de los perros de su padre.

—¡Es él! —exclamó—. Alto y guapo, tal como yo me lo había imaginado.

Pero se equivocaba. El que acababa de llegar no se llamaba Eustaquio, sino Bayard Delaval, ni era su primo, sino el ingeniero de la Compañía Minera de Nevada, que había venido a Europa en urgente viaje de negocios.

El ingeniero fué recibido por sir Eduardo, a quien Delaval expuso el objeto de su visita.

Después de oírlo atentamente, el Barón de Pelham dijo:

—Estudiaré el asunto, señor Delaval... ¿Cuándo se marcha usted?

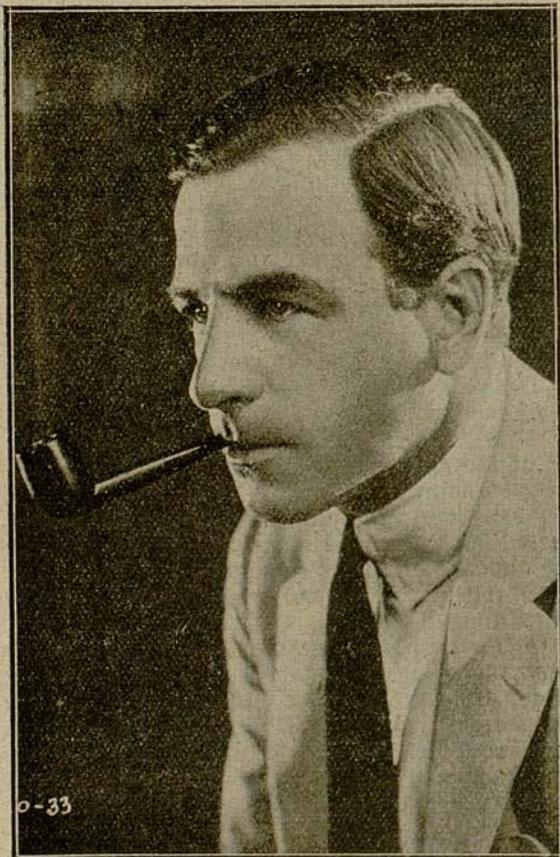
—Mañana, sin falta.

—Lo siento; es una lástima que se marche usted tan pronto... Hubiera querido que usted se quedase aquí por lo menos hasta el lunes.

El ingeniero estrechó la mano que le ofrecía sir Eduardo y salió.

A los pocos minutos, presentáronse en Pelham Court dos amigos íntimos de sir Eduardo: Lord y Lady Crombie. El, acababa de ser designado por el gobierno inglés para embajador en los Estados Unidos, y antes de emprender el viaje venía con su señora a pasar unos días con su antiguo compañero de carrera.

Coincidiendo con ellos, llegó Eustaquio Pelham, heredero del título de sir Eduardo y el



Bayard Delaval

MILTON SILLS

hombre elegido por éste para marido de su hija.

Había pasado los últimos diez años en el extranjero como secretario de Embajada, y de regreso en Inglaterra, al recibir la invitación de su tío para que viniese a conocer a Nadina, apresuróse a aceptarla.

Era un mozo desgarrado, alto de hombros, largo de piernas, flaco, con el pecho hundido, la cara huesuda y una horrenda nariz arremangada. Tenía, además, para completarse, una expresión estulta y se reía como un pobre idiota.

¡Y este era el hombre que el Barón Pelham pensaba que su hija aceptaría como marido ideal!

Claro está que ni el interesado advertía la antipatía física y la repugnancia moral que se desprendía de su figura, ni el padre de Nadina tampoco.

Avisada de la presencia en su casa de Lord y de Lady Crombie y de la otra mucho más deseada de su primo, a quien atribuía las excelencias físicas de Bayard Delaval—el joven alto y guapo de su exclamación—, Nadina apareció ostentando su gracia juvenil y afectando un aire un poco tímido, que ella, a pesar de su poca malicia, sabía que les va muy bien a las jóvenes cuando tienen que presentarse a sus prometidos.

Lady Crombie acogió a la muchacha con cariñosas muestras de afecto.

—Nadina, te he traído de París una colección de vestidos—le dijo—. Yo supongo que a tu primo Eustaquio le gustarán mucho.

La muchacha se volvió con la vista baja.

—Este es tu primo Eustaquio—oyó decir a su padre.

Nadina tendió la mano al primo, alzó los ojos... y no gritó porque pudo hacer un esfuerzo para impedirlo.

El asombro, la decepción e incluso la repugnancia que expresó su rostro, ante aquella caricatura de hombre, estuvieron a punto de arrancarle lágrimas.

Logró dominarse y casi no contestó a las banales frases de cortesía que le dirigió su primo.

\* \* \*

Al cabo de una semana de convivencia, Nadina no había ofrecido aún a Eustaquio la oportunidad de declararse.

Rehuía todas las ocasiones en que pudiera encontrarse a solas con su primo; y aun cuando Lady Crombie prestábale a Eustaquio sus buenos oficios, procurando llevarle a su prima a su lado, ella, con mucha habilidad, y a veces descaradamente, sabía dejarlo, volviendo a reunirse con la esposa del Lord Embajador.

De esta manera se sucedieron las cosas durante una semana, hasta que una noche, después de la cena, Eustaquio determinó hablarle a Nadina del proyecto matrimonial de sir Eduardo.

Precisamente, en aquel momento, Lady Crombie venía hacia él llevando del brazo a la joven, a la que dejó con la compañía de su primo, diciéndole:

—Creo que Eustaquio tiene que hablarte.

Nadina se resignó, tomando asiento en un diván.

Su primo arrastró una butaca, cruzó las piernas, pujóse de los dedos de las manos haciendo sonar las articulaciones, y después de unos cuantos gestos absurdos, dijo:

—Mi tío Eduardo ha tenido una gran idea al proponerme que me case contigo.

Pronunciadas estas palabras, calló. Realmente no tenía más que decir. Por supuesto, ella tampoco deseaba que le dijera otra cosa y hasta le hubiera quedado agradecida si no le dijese siquiera lo que acababa de oírle.

El Barón de Pelham viendo a los jóvenes solos, preguntó satisfecho a su amigo:

—¿Qué te parece de ese enlace, Crombie?

El Embajador observó la expresión de desagrado de Nadina, movió la cabeza con aire de desconfianza, como si adivinara los sentimientos de la joven, y contestó:

—Si es cosa espontánea en ellos, no está mal. Pasó ya el tiempo en que los padres arreglaban los matrimonios de sus hijos: ahora los arreglan ellos mismos... Y aun antes se daban casos. Tú lo sabes mejor que nadie.

En su optimismo, sir Eduardo no comprendió la alusión del amigo. Deseaba tanto que su hija se casase con Eustaquio, que no advertía la manifiesta repugnancia de ella por este enlace.

La desconsolada Nadina leía ahora con más entusiasmo su libro predilecto y, asociando la imagen del héroe a la que conservaba del ingeniero Delaval, exclamaba algunas veces:

—¡Oh, Bayard, mi héroe!

Aceptando el silencio de su prima como un tácito asentimiento a sus deseos y a los planes del Barón, Eustaquio adquirió la sortija de prometida, y un día, hallándose todos reunidos en el salón, después del té, tomó la mano de la muchacha, le puso la sortija y besóla respetuosamente.



... le puso la sortija y besóla respetuosamente.

Ella le dejó hacer y hasta le hizo notar que se equivocaba en la elección de mano para colocarle el anillo. Eustaquio sonrió estúpidamente, y luego, echándose atrás en la butaca, no se le ocurrió decir más que esta tontería: —¡Qué simple he sido!... ¡Me he equivocado de mano al ponerte la sortija!

Verdaderamente, el sobrino del Barón de Pelham no era un muchacho espiritual.

Aquel mismo día, sir Eduardo expuso a sus invitados la idea que abrigaba de emprender un próximo viaje:

—Hace tiempo que tengo el proyecto de hacer una visita a mis propiedades mineras de América, y creo que no estaría de más que me llevara conmigo a Nadina y Eustaquio.

—Me parece una idea magnífica — afirmó Lord Crombie—. Y cuando hayas arreglado tus asuntos, pasaréis todos una larga temporada con nosotros en Washington.

Y mientras la joven aceptaba, aparentemente resignada, la compañía y la conversación monosilábica de aquel prometido que por una ligereza de su padre le tocara en desgracia, éste ultimaba los detalles de su excursión por América.

## II

Poco tiempo después, los Pelham se trasladaron a los Estados Unidos, y en el vagón especial de Elías Bronson, consocio de sir Eduardo, dirigieron hacia los campos auríferos de Nevada.

Acompañábanlos Elías Bronson y su hija Sadi, en cuya amistad Nadina procuraba hallar defensa contra los asíduos silencios de su primo, quien, creyéndolo un deber de prometido, hacía todo lo posible por encontrarse siempre a su lado.

Llevaban ya seis horas de viaje, cuando Bronson dijo:

—Estamos ya cerca del empalme. Allí nos espera el ingeniero jefe de la explotación.

Sadi y Nadina se asomaron a la ventanilla.

—¡Ahí está el empalme!—exclamó de pronto la hija del consocio de sir Eduardo—. ¡Vamos a ver los indios!

El tren aminoró su marcha y se detuvo. Nadina descendió del coche, llevando su máquina fotográfica y buscando indios que se dejaran retratar.

Una mujer de alguna edad, con un niño en brazos, parecióle un tipo excelente para su galería de retratos. Acercóse a ella, púsole una moneda en la mano y se hizo unos pasos atrás para enfocarla.

Súbitamente, entre el objetivo de la máquina y la mujer india se interpuso un hombre que salía de la estación.

Nadina levantó la cabeza y vió frente a ella a Delaval.

«El hombre de Pelham Court», pensó.

El ingeniero la saludó y siguió adelante.

Ella permaneció inmobilizada por la sorpresa, que subió de punto, cuando, al regresar al coche, encontró en él al desconocido.

Reanudó el tren su marcha. Se había hecho de noche. Nadina sentíase tan intranquila que ni la leyenda del caballero Bayard podía calmar sus agitados nervios.

Miss Mary notó esta inquietud y apresuró el movimiento de las agujas con las que estaba haciendo labor.

El ingeniero, seducido por la belleza y la

dulce expresión de Nadina, que se había aislado con su libro predilecto—aun cuando en verdad no era mucho lo que leía, pues su pensamiento no le daba tregua revolando incesantemente alrededor de Delaval—, acercóse a la joven.

Ella cerró el libro y él pudo leer el título en la cubierta.

—También yo me llamo Bayard—dijo—. Y me alegro mucho de esta coincidencia, ya que es el nombre de esa leyenda que tanto parece gustarle a usted.

—¡Indudablemente el héroe francés es el ideal del perfecto caballero!—exclamó Nadina.

Y, dejándose arrastrar por su entusiasmo hacia el héroe, añadió:

—Le confieso a usted que me encanta el protagonista de esta historia. ¡El es el tipo del perfecto caballero!—volvió a decir.

Siguieron hablando. El primo Eustaquio no encontraba muy de su gusto la conversación de su prima con el ingeniero y Miss Mary serfiase más nerviosa que de costumbre observando lo mismo.

El tren llegó de mañana a la mina de oro «La Estampa». Los excursionistas, a caballo, recorrieron los alrededores. Desde allí pensaban dirigirse a la ciudad próxima, en uno de cuyos hoteles tenían pedidas habitaciones.

De pronto Nadina propuso:

—Vamos a ver quien llega antes al hotel.

Y picó espuelas a su caballo.

Delaval galopó detrás de ella.

—No es ese el camino del hotel, Nadina—le

dijo en cuanto la alcanzó—. Siguiéndolo iría usted a parar a la cima del monte.

La muchacha, excitada por la carrera y por todas las emociones de la última parte de su viaje, durante el que la conversación del ingeniero le hizo acordarse muchas veces de su héroe, no quiso oír sus palabras y siguió castigando a su caballo y subiendo el camino de la montaña.

Ya estaban lejos de la mina.

Ella pensó:

«Ya estamos solos».

Caminaron juntos un pequeño trecho. Nadina quiso descabalgár. Ayudóla el ingeniero, y los dos jóvenes abrieron sus ojos a la contemplación del paisaje que los rodeaba. La joven fijóse en una pequeña vivienda que había a poca distancia de allí y él le explicó:

—Es mi cabaña... Cuando no tengo trabajo y mi espíritu me pide soledad, suelo pasarme uno o dos días en ella.

¡Qué armoniosamente sonaban a los oídos de Nadina las palabras de su compañero!

Guardaron silencio unos instantes. Podía oírse el latido de sus corazones conmovidos por la misma sensación de alegría.

Ella ya no se acordaba de su lamentable destino, como prometida de un hombre que le repugnaba.

Volvía a revivir las páginas de su leyenda favorita, cerca de Delaval. El tenía la arrogancia y la nobleza del héroe...

Instintivamente sus ojos se buscaron, y al fin se dieron cuenta de que estaban enamorados el uno del otro. Lo decían sus miradas y

el temblor de sus labios, que parecían sentir la caricia del beso...

Habían dejado sueltos los caballos. Una serpiente acercóse rastreando y lanzó un ligero silbido, y los brutos, con un súbito sobresalto, se encabritaron, lanzándose, en seguida, a una loca carrera, monte abajo.

Delaval corrió detrás con la esperanza de poderlos detener.

—¡Imposible alcanzarlos!—dijo volviéndose a Nadina—. No tenemos más remedio que regresar andando.

Cayósele un guante a la joven, inclinóse a recogerlo y un grito terrible salió de su garganta, al mismo tiempo que se llevaba la mano a un hombro, donde acababa de sentir una dolorosa picadura.

Mudo de espanto, Delaval corrió a ella.

—¡La serpiente!—exclamó Nadina señalando el hombro herido.

Delaval extrajo un cortaplumas del bolsillo.

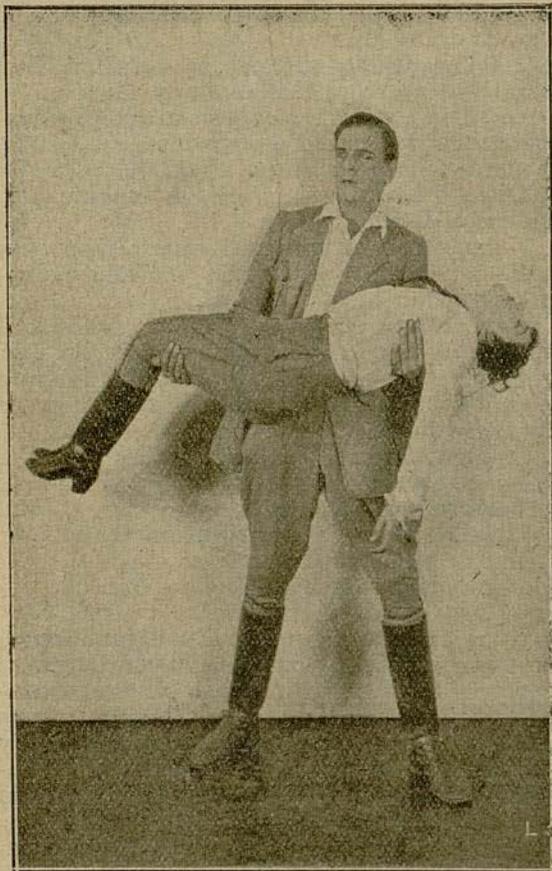
—¿Qué va usted a hacer?

—¡Es preciso, Nadina! Déjeme obrar.

—¡Oh, eso no!

El no hizo caso. Conocía el peligro de muerte a que se hallaba expuesta la muchacha y, desatendiendo sus protestas, la sujetó vigorosamente, rasgó sus ropas, y en la carne blanca clavó la hoja de la navajita, cortando la piel y dilatando los bordes de la herida. Luego, ansiosamente, aplicó los labios y absorbió la sangre.

Con ella desmayada en brazos, Delaval encaminóse a la cabaña, en la que había un lecho, donde colocó a la desvanecida enferma.



Con ella desmayada en brazos, Delaval encaminóse a la cabaña...

A pesar de la gravedad del caso, Bayard no perdió, ni por un instante, la serenidad, y como no tenía a mano otra cosa, recordando que los naturales del país empleaban el whisky como antídoto contra las mordeduras de las serpientes, hizo beber a Nadina grandes cantidades de este licor.

Hecho esto, sentóse a los pies del lecho y ocultóse la cabeza en las manos.

En el hotel de Ciudad Granitos, mucho tiempo después de la hora de cenar, sir Eduardo esperaba a su hija sin explicarse donde podía haberse quedado ni poder disimular su creciente inquietud.

Hallábase a la puerta del hotel, con su sobrino y su consocio.

—La verdad, no puedo comprender... —dijo el Barón Pelham.

—Si no recuerdo mal, la acompañaba el ingeniero jefe —expuso, en un tono de lamentación Eustaquio.

—Eso es lo que debe tranquilizarnos —comentó Bronson.

El tiempo pasaba y sir Eduardo comenzaba a sentir toda clase de temores.

—¿No son esos sus caballos? —preguntó, de pronto, viéndolos aparecer sin jinetes.

—En efecto; algo debe de haberles sucedido —expuso Bronson.

Sir Eduardo le interrumpió:

—¡Un «auto», un «auto» enseguida!

Presintiendo una catástrofe, el padre de Nadina, acompañado de su sobrino, dirigióse al coto minero de «La Estampa».

Mientras tanto, la enorme dosis de alcohol

que Delaval hiciera ingerir a Nadina, comenzaba a surtir su efecto.

La muchacha, que estaba acostada, se incorporó y miró al ingeniero.

En su imaginación calenturienta, excitada por el whisky, los sucesos de la historia de su héroe y la realidad comenzaban a confundirse.

Ella miraba a Delaval con adoración, creyendo reconocer en él la amada figura del «caballero sin tacha».

—¡Tú eres Bayard! ¿No es cierto?

Delaval intentó calmarla, procurando que se acostase de nuevo.

—Nadina, ¿no me conoce usted? Soy el ingeniero jefe de las minas.

—¡Tú eres mi héroe! —insistió la joven.

Y su mente extraviada le hizo suponer la existencia de un peligro, del que sólo podría salvarla «el caballero sin miedo».

Tendió los brazos y estrechóse contra él.

—¡Ah, mi Bayard! ¡No me abandones!... ¿Qué será de mí si tú me dejas?

La situación del ingeniero era cada vez más difícil. Lleno de amor por la joven, no podía prevalerse de las circunstancias para aceptar las caricias de Nadina, y procuraba rehuírlas, desprendiéndose de sus brazos.

—¡No me dejes, mi Bayard, no me dejes! —gimió ella como una niña que se sintiera abandonada.

De nuevo intentó Delaval separarse de la joven, rompiendo la dulce cadena que lo unía a ella.

Y en aquel instante, sir Eduardo, que había

llegado hasta la cabaña, guiado por la luz que el ingeniero encendiera en su interior, lanzaba un grito de indignación viendo, a través de unos cristales, abrazados a los jóvenes.

Dirigióse a la puerta, que empujó violentamente.

—¡No sé cómo me contengo! —dijo entrando con ímpetu. —¡Debiera mataros aquí mismo a los dos!

La mirada del primo Eustaquio recorrió la habitación y se detuvo en el lecho vacío, con las ropas revueltas y en el que descubrió una horquilla.

No dijo nada. No quiso tampoco ver más. Para él todo estaba suficientemente explicado. Giró sobre sus talones y salió.

El malentendido de sir Eduardo había producido tal impresión al ingeniero, que no sabía qué decir. A su lado, Nadina no se daba cuenta de lo que sucedía, con el pensamiento turbado por el alcohol, lleno de sombras heroicas, turbia la mirada y el cuerpo como roto.

—A pesar de que la idea me repugna —prosiguió sir Eduardo,— sólo queda un recurso para resolver esto...

Delaval pretendió explicar lo que había ocurrido, desvanaciendo la suposición del padre de la joven:

—Sir Eduardo... atiéndame... su hija ha sido...

—¡Basta de palabras y de explicaciones inútiles! —le interrumpió bruscamente el Barón Pelham—. ¡Yo sólo me atengo a lo que veo!... ¡Se casará usted con mi hija inmediatamente!

—Pero...

—Le ruego a usted, señor Delaval, que no

trate de olvidar ni de rehuir sus deberes... Yo no quisiera tener que recordárselos.

El ingeniero irguióse altivamente.

—Basta... Yo nunca he retrocedido ante el cumplimiento de mi deber.

Volvióse a Nadina y le preguntó:

—Miss Pelham, ¿está usted conforme en casarse conmigo?

La muchacha, mareada, reclinó su cabeza en su hombro. Entonces Delaval cogió la horquilla abandonada en el lecho, la dobló hasta darle la forma de un anillo y la puso en el dedo anular de Nadina.

Y, sin esperar el nuevo día, se celebró la boda.

### III

En una habitación del hotel, Nadina, todavía bajo la influencia del whisky, dormía profundamente.

Delaval velaba su sueño, sentado en una mecedora, un poco turbado aún por su inesperado matrimonio e inquieto por las explicaciones que tendría que dar a su mujer cuando despertase.

¿Cómo recibiría ella la noticia de que estaba casada con él?

Se levantó, saliendo de la alcoba para esperar al doctor, que había mandado llamar.

Abajo, en la sala de lectura, sir Eduardo despedíase precipitadamente de su consocio.

—¡Me ha ocurrido una gran desgracia! Ne-

cesito marcharme hoy mismo. ¿Podría usted prestarme su «auto»?

Un empleado anunció:

—Ha llegado el doctor para la señora de Delaval.

—¿La señora de Delaval?—inquirió Bronson.

—Yo no tengo hija—dijo sir Eduardo a manera de explicación.

Llamó a Miss Mary y le ordenó:

—Vamos a marcharnos de aquí inmediatamente.

La buena señora subió a las habitaciones de Nadina, donde se hallaba el doctor reconociendo la herida de la enferma.

—Está fuera de peligro—dijo después de examinar la mordedura.—Pero es necesario que tengan cuidado de cambiarle a menudo las compresas del hombro.

Salió el doctor.

Con la enferma quedábase Miss Mary, pues Delaval había salido también.

El ingeniero encontróse con el Barón de Pelham en las escaleras.

—Sir Eduardo, está usted cometiendo una grave injusticia con su hija.

—¡Eso debe tenerle a usted sin cuidado!... Yo procuraré que no le falte nada a su esposa.

El tono y la actitud ofensiva del Barón de Pelham hicieron callar a Delaval. Se daba cuenta de que el padre de su mujer era uno de esos hombres que cuando creen estar convencidos de algo, aunque la verdad se muestre a sus ojos para disuadirlos de su error, permanecen ciegos. Era, pues, inútil intentar explicarle los pormenores de lo que había sucedido.

Volvióse a las habitaciones de Nadina y dijo cariñosamente a Miss Mary:

—Sir Eduardo se marcha. Usted tiene que seguirle.

La bondadosa mujer protestó:

—¡Oh, no! Yo no puedo dejar a mi señorita. Yo no me he separado nunca de su lado desde que nació...

Delaval sintióse conmovido por el cariño del ama de llaves hacia su esposa.

—Muchas gracias por su lealtad, Miss Mary; pero no se resuelve nada con que usted se quede aquí...

—¿Y qué será de ella? ¡Es muy joven! Además, está enferma.

—No se preocupe por Nadina. Yo le aseguro que haré cuanto pueda por ella.

Miss Mary inclinóse sobre la joven, que respiraba tranquilamente, la besó en la frente, llevóse el pañuelo a los ojos y se retiró sollozando.

Lleno de temores, con el espíritu conturbado, inquieto, no ya por la salud de su mujer, que estaba fuera de peligro, sino por la impresión que ésta recibiría cuando despertase y se encontrase con que su padre la había dejado, Delaval permaneció toda la noche cerca de Nadina, cambiándole las compresas del hombro y espionando sus movimientos.

Un poco antes de amanecer, salió.

Minutos más tarde despertaba Nadina. Pasados ya los efectos del alcohol, sólo le quedaba un vago recuerdo de lo que había ocurrido la noche última.

Miró con sorpresa a su alrededor, extrañada

de hallarse allí. Ya no sentía dolor alguno en la herida; pero sus nervios continuaban excitados, como si conservaran aún la impresión del miedo y de la angustia que la sobrecogiera al ser mordida por la serpiente.

Abrióse la puerta de la alcoba, dando paso a una camarera del hotel, una señora gruesa y sonriente, que traía al brazo unas cuantas prendas de hombre.

Perpleja y curiosa, Miss Pelham vió como la camarera colocaba aquellas ropas a los pies de la cama.

—¿Y eso?—preguntó.

—Es la ropa de su marido, señora.

Y la camarera, después de decir esto con la mejor de sus sonrisas, abrió otra vez la puerta para retirarse, en el instante en que aparecía Delaval.

Sin comprender aún, Nadina interrogó al ingeniero:

—¿Ha oído usted lo que ha dicho esa mujer?

Las esperanzas de Delaval, que confiaba en que, al despertar, el recuerdo de lo sucedido le explicara a la joven su situación, convirtiéronse en una lacerante inquietud.

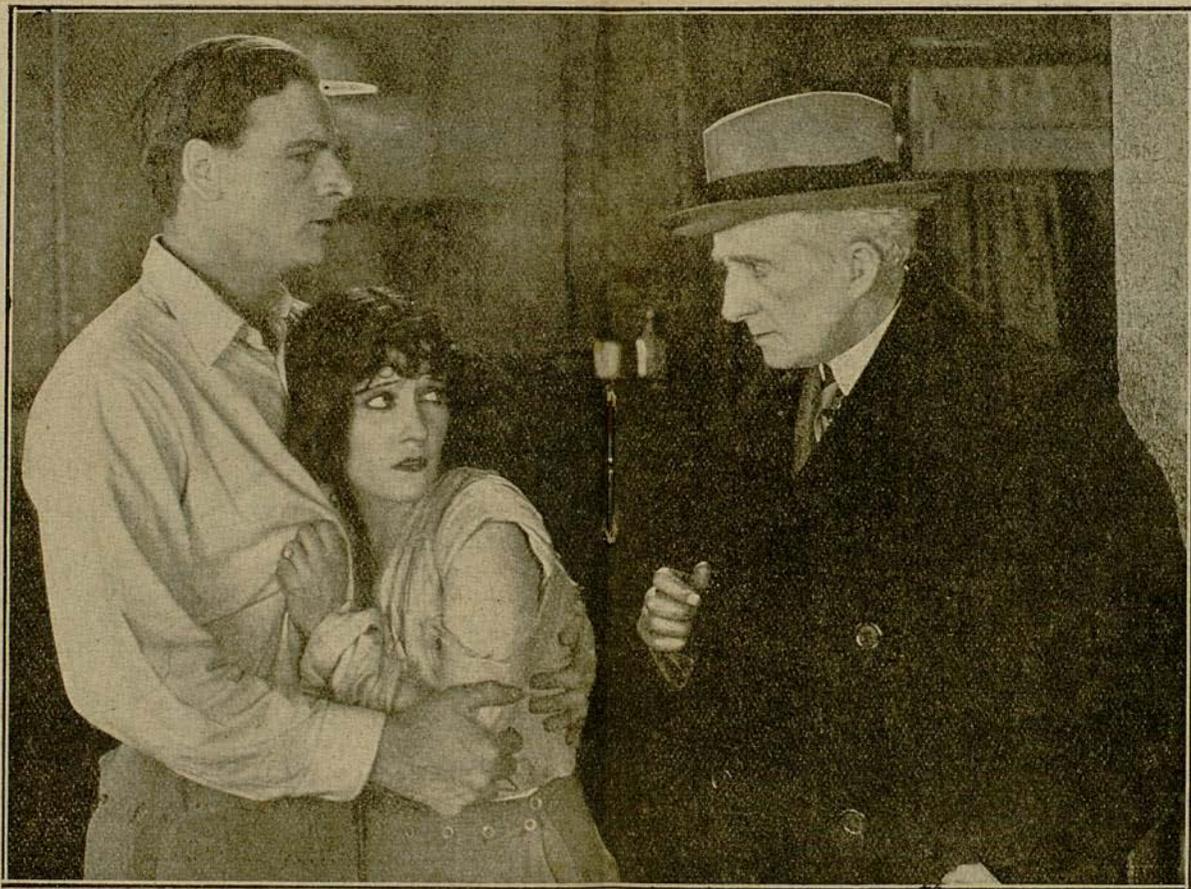
—¿Te has olvidado de que anoche nos casamos?—dijo.

La muchacha sintió aumentarse su confusión.

¡Ella casada! ¿Cómo? ¿Cuándo?

—¿No te acuerdas de lo que ocurrió en la montaña?

Nadina denegó con un movimiento de cabeza. Estaba desconcertada. Parecía como si no comprendiera el significado de las palabras.



—Basta... Yo nunca he retrocedido ante el cumplimiento de mi deber

—¿No te acuerdas de que te mordió una serpiente?

Ella volvió a negar. Dióse cuenta de que el ingeniero la tuteaba y tampoco supo explicárselo.

—No comprendo nada de lo que usted me dice... No recuerdo nada.

El rostro de Delaval se alteró. ¿Con qué palabras podía explicarle a su mujer los deplorables incidentes acaecidos en la cabaña? Temía que se ofendiera al enterarse del malentendido de su padre, causa de su matrimonio.

Los ojos de Nadina seguían fijos en él, llenos de preguntas.

—¿Dónde está papá? ¿Dónde está Miss Mary?

Aquellas preguntas tan temidas por él le obligaron a levantar una punta del velo que ocultaba a los ojos de la joven parte de su situación.

—¡Se han marchado!  
Nadina se excitó.

—¿Qué significa todo esto?... ¡Debe haber ocurrido alguna desgracia!

Y con los nervios desquiciados, rotos los diques del llanto, echóse a llorar convulsivamente.

La inutilidad del consuelo en aquellos momentos, se le ofreció a Delaval como una seguridad.

Viendo la pena de Miss Pelham, sobresaltado por el recelo de que ella dudara de su nobleza, atribuyéndole confusamente cualquier acto reprochable por el deseo de hacerla su esposa, Delaval guardó silencio.

Había concebido la ilusión de que Nadina,

en cuyas miradas creyera haber leído una promesa de amor la tarde última, al despertar de su sueño recordase y comprendiese lo sucedido, aceptando los hechos sin enfado.

Mas no era así, desgraciadamente. Aquel llanto suyo, su atónita expresión al oírle que estaba casada, todo revelaba en ella, a juicio de Bayard, que sus esperanzas no tenían otro fundamento que su propio deseo.

Porque él la amaba. Encantábale esta graciosa jovencita, alegre y bulliciosa, que admiraba a Bayard como el ideal del perfecto caballero. Le enternecía su ingenuidad, y hasta sus caprichos y sus pequeñas locuras, como cuando la tarde anterior lanzó su caballo hacia la cumbre de la montaña, antojábansele deliciosos. Además, ¡tenía una belleza tan cautivadora!...

¡Oh, sí, él la amaba!

Pero tenía que renunciar a ella, porque, al parecer, Nadina no correspondía a sus sentimientos.

Allí estaba con toda su juventud sacudida por los sollozos, como si una tristeza muy honda lastimase su almita de niña.

Y entonces aquel hombre, todo pundonor y generosidad, funestamente influído por las leyes y costumbres que respecto al matrimonio regían en el Estado de Nevada, donde él había vivido siempre, creyendo sinceramente que realizaba un acto de delicadeza con Nadina y torturando cruelmente su propio corazón, determinó, rápida y radicalmente, calmar el sobresalto de la joven devolviéndole su libertad de soltera.

—Comprendo perfectamente su extrañeza— dijo.—Mas, esté usted tranquila... No se ha hecho nada que no pueda deshacerse.

Ella, con el rostro húmedo de lágrimas entre las manos, no se dió cuenta del sentido de estas palabras, y dejó que Delaval se retirase.

El ingeniero dirigióse acto seguido a ver a un abogado, con el que estuvo consultando el caso de su matrimonio, conviniendo con él un plan de conducta y dándole poderes para que lo representase.

A poco de haber salido de la habitación de Miss Pelham, ésta, con los ojos aun llorosos, vió entrar a la camarera, que se le acercaba sonriéndole:

—¿Por qué está usted triste?

—Porque mi padre y Miss Mary se han ido.

La gorda criada del hotel tenía un corazón fácil de enternecer y una fina perspicacia para aliviar ciertas penas.

—No llore usted; piense que no se ha quedado sola, pues tiene a su marido.

—¡Ah, sí! Bayard Delaval...

—Es un guapo mozo—afirmó la camarera.

Nadina no dijo nada. Seguía triste por la marcha de su padre y del ama de llaves.

—¿Y usted le ama?

Nadina abrió los ojos muy sorprendida.

—¿O es que no le ama usted?

Ninguna pregunta hubiera podido producir más impresión en la joven que la que acababa de oír.

—¡Pues es verdad!—exclamó estupefacta.— ¡Ya no me acordaba!

Y una sonrisa maravillosa iluminó su rostro.

Todo se aclaró en su espíritu; ya no quedaban en él ni temores ni angustias.

Hizo memoria y acordóse de su excursión a la mina «La Estampa».

¡Qué feliz se sintió pensando en que estaba casada con Delaval, viva encarnación del «caballero sin tacha»!

¿Cómo no se le había ocurrido antes pensar en que ella lo quería?... ¡Tanto como había llorado! Por supuesto, las lágrimas, lo que se las arrancó fué la noticia de que su padre y el ama de llaves no estaban en el hotel. Pero ya volverían o sería ella quien fuera a buscarlos. Lo importante, lo verdaderamente importante, era su matrimonio con el hombre «alto y guapo». Esto le parecía muy bien. Y sobre todo, la ruptura de su compromiso con el primo Eustaquio, aquel muchacho tan feo, que hablaba por la nariz y tenía el pecho hundido...

La camarera sonreía observando el cambio que sus palabras produjeron en la joven.

—Lo que usted debe hacer ahora es arreglarse y esperar a que vuelva su marido, para recibirle lo más cariñosamente que pueda.

Nadina miró con reconocimiento a la sirvienta que le facilitaba ideas tan admirables. Ella hallábase tan turbada que no se le ocurría la menor idea.

Muy contenta de ser la señora de Delaval, vistióse con mucho esmero, coqueteando delante del espejo. Y ya arreglada, dándose cuenta exacta de todo lo ocurrido durante la noche anterior, esperó el regreso de su marido con verdadera impaciencia.

Pasó una hora. Nadina empezó a intranquilizarse.

—¿Le habrá pasado algo?—se dijo.

Y esta pregunta la dejó contenta de sí misma, pues le daba la sensación de ser una perfecta casada, ya que todas las mujeres suelen hacerse la misma pregunta cuando sus ma-



—¿Le habrá pasado algo?—se dijo.

ridos tardan en regresar a casa.

Llamaron a la puerta.

—¡Al fin!—exclamó la joven.

Pero el que entró era un desconocido, con una cartera al brazo.

—¿Es usted la esposa de Bayard Delaval?

Nadina asintió.

—El señor Delaval—prosiguió aquel intruso

—me ha nombrado su abogado para que gestione el divorcio de ustedes, y como no quiere ser él el que lo pida, vengo a pedirle a usted su firma para el escrito de solicitud del mismo.

La muchacha vaciló. Mordióse los labios para dominar la brusca congoja que acababa de estallarle dentro del pecho...

El abogado le ofrecía la pluma.

Ella tuvo unos instantes de titubeo.

Y, de pronto, cogiendo la estilográfica, puso su firma al pie del documento.

—Servidor de usted.

Salió el abogado. Nadina se encontró sola. Lentamente anduvo hacia la ventana. Notó que llevaba en el dedo la conmovedora sortija de prometida que él la pusiera la noche última: se la quitó, volvió a darle su forma de horquilla, y muda, sin un gesto, sin una lágrima, la escondió en sus cabellos.

Y cuando la disolvente y funesta ley del Estado de Nevada fué aplicada, Nadina, adivinando los motivos de la conducta de Delaval, pero herida en su corazón, acogióse a la hospitalidad que Lady Crombie le ofrecía en su casa de Washington, donde se instaló sin preocuparse de las murmuraciones que llegaron hasta ella de los círculos sociales, en los que se comentaba apasionadamente su truncado matrimonio.

#### IV

Tratando de ahogar su pena y sus recuerdos, Nadina, a los pocos días de su llegada a Was-

hington, entregóse de lleno a la vida de lujo y de loca vanidad de la alta sociedad norteamericana.

Pronto la fama de su belleza hizose popular entre los hombres, y fueron muchos los que aspiraron a obtener su mano. La leyenda que le precedía por su extraño divorcio, contribuyó en gran parte a aumentar la admiración de los millonarios y elegantes por esta mujer, que se había divorciado de su marido al día siguiente de su boda.

De todos los galanteadores, el que con más tesón la pretendía era Howard B. Hopper, un perfecto majadero inmensamente rico, el cual, lleno de fátua vanidad, creyó siempre que el dinero todo lo puede y que, con su fabulosa fortuna, podría casarse cuando y con quién quisiera.

Pero desde que conoció a Nadina, de la que se enamoró como un loco, comenzó a dudar de la infalibilidad de sus teorías.

No renunció, sin embargo, a sus propósitos de conquista, y, con el fin de deslumbrarla, un día organizó una fiesta en su honor que nada tuvo que envidiar a las más famosas locuras de la corte de Versalles.

En aquella fiesta suntuosa, en que el oro se gastó sin tasa, presentóse Nadina dispuesta a triunfar una vez más y a embriagarse con su triunfo, olvidando todas las amarguras y desilusiones de su alma joven.

El sitio elegido por Hopper era una terraza, desde la que se descendía por una escalinata soberbia, flanqueada de columnas cubiertas de orquídeas, a un estanque en el que nadaban

bellas mujeres desnudas, como náyades que, al verse sorprendidas, hubiéranse arrojado al agua.

La presencia de Nadina fué acogida con las manifestaciones del mayor entusiasmo. Salió al encuentro Hopper, que la invitó a ser su compañera en un barco que tenía la elegancia de un esquife.

Y viéndolos juntos, uno de los invitados comentó:

—Nadina no se casará con Hopper, pero no hay duda que le ha hecho morder el anzuelo.

Era verdad, aun cuando la conducta de Miss Pelham sólo obedecía al deseo de aturdirse, matando el recuerdo de sus penas y decepciones.

Realmente, la fiesta organizada por el multimillonario reunía todas las magnificencias.

Dentro del esquife, Nadina y Hopper bebían «champagne», sintiendo la fiebre del lujo y la ostentación.

Ella extremaba sus locuras, sin preocuparse de que luego serían comentadas en los círculos y que Lady Crombie la censuraría una vez más.

La buena amiga de Sir Eduardo lamentaba la conducta de la joven y, precisamente, aquel día esperaba que el padre de la muchacha llegara del Canadá, a donde le había mandado un telegrama rogándole que viniese a la capital de los Estados Unidos.

Sir Eduardo llegó, en efecto, y lo primero que hizo fué preguntar por Nadina, a la que no había vuelto a ver desde el incidente de Nevada.

—¿Qué ha sucedido?... ¿Está enferma mi hija?

—No es eso—lo tranquilizó Lady Crombie.

—Se trata de otra cosa.

—¿Qué es entonces?

—Escúchame con calma... Sin que hayamos podido averiguar la causa, Nadina, apoyándose en la funesta facilidad que para ello le daban las leyes del Estado de Nevada, se divorció de su marido, y desde que vive con nosotros no hace más que excentricidades... Parece como si hubiera perdido el juicio.

No sabía aún bien Lady Crombie la verdad que acababa de decir.

En aquel momento, Miss Pelham prestaba una atención burlona a Hopper.

—Es usted adorable—le dijo él—. Yo no sé feliz hasta que haya conseguido que usted se decida a casarse conmigo.

—Sin duda—replicó Nadina—, usted piensa que por pedir nada se pierde... ¿No es eso, Hopper?

—Con paciencia... todo se alcanza.

En lo alto de la escalinata hizo su aparición una orquesta de rusos vestidos con traje típico, que comenzaron a hacer música de su país.

Al oírla, Nadina se puso en pie.

—¡Oh, música rusa!—exclamó—. ¡Cuánto le gustaba a mi pobre madre!

Y ella, que se había propuesto ahogar sus penas en aquel torbellino de locura, tuvo que violentar horriblemente su corazón para acallar aquel recuerdo de su madre que le aconsejaba de bien distinta manera.

Mientras duró la música pareció ensimis-

mada; pero en cuanto cesó volvió a ser la voluble y ligera Nadina conocida de la alta sociedad por sus extravagancias.

Una de las nadadoras acercóse a su esquife y le ofreció una copa de «champagne».

Aplaudió viendo pasar un hermoso cisne que arrastraba un barquichuelo en forma de concha, lleno de flores.

De pronto gritó:

—¿Quién quiere bailar conmigo?

Mil voces se alzaron queriendo merecer esta distinción.

Y Nadina, tendiendo los brazos juntos, dijo:

—El que me quiera que me siga.

Y se arrojó al estanque.

Hopper y otros invitados se arrojaron detrás de ella, y Nadina nadó hasta la escalinata.

Había realizado una locura más. Estaba contenta.

Esto era lo que todavía ignoraba Lady Crombie al decir a sir Eduardo:

—Parece como si hubiera perdido el juicio.

—¡Ella no ha sido nunca así! ¡No comprendo el cambio de mi hija!—exclamó el Barón de Pelham, manifiestamente disgustado por aquellas noticias.

—Pues así es; y nosotros hemos pensado que debías saberlo todo... Quizá con tu intervención se puedan arreglar las cosas.

El aspecto de sir Eduardo no podía ser más desolador; la tristeza y la cólera luchaban en su espíritu. Para animarlo, sus amigos le dijeron algunas palabras bondadosas, despertándole la esperanza de que su autoridad y cari-



Nadina recibió, como de costumbre, una prueba más de entusiasmo...

ño acaso lograsen de Nadina que renunciara a sus costumbres. Pero él lo dudaba...

\*  
\*\*

A la mañana siguiente de la fiesta dada por Hopper, Nadina recibió, como de costumbre, una prueba más de entusiasmo del millonario; consistía en un ramo de flores y una tarjeta concebida en los términos siguientes:

«Cada día estoy más enamorado de usted. ¿Cuándo podré ir por la respuesta? Estoy decidido a no dejarla en paz hasta que me diga que sí».

Abandonó la tarjeta y las flores encima de una silla, como a cosas que le tenían sin cuidado, y fuése al saloncito de Lady Crombie, la cual la señaló en un periódico una noticia que decía:

#### NOTAS DE SOCIEDAD

«La hija de sir Eduardo Pelham sorprende a sus amigos con una nueva excentricidad».

«En la fiesta que un joven millonario dió ayer en honor de Miss Pelham, ésta se arrojó al agua de manera inopinada...»

Nadina devolvió el periódico a su amiga diciéndole:

—Hace usted mal en leer estas cosas, si la disgustan tanto.

Lady Crombie se molestó por aquella indiferencia.

—¡Cuando lo sepa tu padre se pondrá furioso, y con razón!—exclamó.

La noche anterior, al concluir la fiesta, la jo-

ven había recibido la sorpresa de encontrar a sir Eduardo en casa de Crombie. Como ya era tarde, el padre y la hija no hicieron sino saludarse, pero ella advirtió que sir Eduardo estaba enterado de su conducta y que venía dispuesto a pedirle explicaciones.

Cambiando de tono, Lady Crombie la habló



—Hace usted mal en leer estas cosas, si la disgustan tanto.

dulcemente:

—¿Qué te pasa, Nadina? ¿Por qué obras de esa manera tan extraña?... ¿No comprendes, querida, que con tu modo de proceder te alejas cada vez de lo que podía constituir tu felicidad?... Estás estropeando tu juventud y destruyendo con tu conducta quizá tu propio corazón.

Las razones de su amiga despertaron en ella la nostalgia de sus mejores esperanzas... de aquella hora inefable que pasó en el Hotel de Ciudad Granitos, en Nevada, esperando a Bayard Delaval...

—Tal vez tenga usted razón—dijo—. Pero por lo menos, a veces, consigue una olvidar...

—No digas eso... Yo no conozco, exactamente, los motivos en que te inspiras para hablar así: temo, sin embargo, que hoy como ayer, estás procediendo un poco precipitadamente.

—Es posible... ¿Qué le vamos a hacer?

Lady Crombie dejó sola a la muchacha. Pensaba que ningún momento más oportuno para que interviniera sir Eduardo; y hubiera estado en lo cierto si el barón de Pelham no fuese un hombre impulsivo y vehemente.

Pero con su carácter, sir Eduardo no supo aprovechar aquella coyuntura favorable para persuadir a su hija a renunciar a sus actuales costumbres, captándose de nuevo su cariño y con él su influencia sobre la muchacha, que tan necesitada estaba de que alguien la guiase. Al contrario, hizo lo peor que podía hacer: enfadarse, chillar y sentirse autoritario.

Por eso, cuando después de abrumar con censura, a su hija, le dijo:

—Mañana mismo te vendrás conmigo a Inglaterra.

Ella, rompiendo con el silencio que se había impuesto para oír a su padre, se rebeló.

—Yo no saldré de Washington—dijo rotundamente.

—¿Que tú no saldrás de Washington?...

—No; me encuentro bien aquí.

Sir Eduardo, ante esta negativa, se irritó más de lo que estaba, alzando la voz, abusando de los ademanes violentos y de las expresiones de mal gusto.

—¡Tú eres mi hija y me obedecerás!

Nadina se encogió de hombros.

—Usted —dijo serenamente— me prometió a un hombre y luego hizo que me casara con otro; creo, pues, que tengo ya derecho a decidir por mí misma de mi suerte.

—¡Tú llevas mi apellido!... ¡Y yo no quiero que mi apellido sea traído y llevado por las gentes, como si fuera un pingajol!... ¡No, esto no lo consentiré!

—¡Su apellido, su precioso apellido!... ¡No piensa usted más que en su apellido! Por culpa de él usted ofreció mi mano a un hombre casi deforme y estúpido, a ese desgraciado Eustaquio...

—¡Piensa que es tu primo! —chilló airadamente sir Eduardo—. Y que es mi obligación defenderle a él como defendiendo mi apellido.

—Pues si tanto le preocupa el apellido puedo devolvérselo... Hay un apellido que será mío en cuanto yo quiera, y voy a tomarlo ahora mismo.

El barón de Pelham reprimió a duras penas su ira. Luego, en cuanto ella lo dejó, sintióse agotado por aquella escena en la que su hija le había dado a comprender de una manera clara que se desentendía de su autoridad.

Aquella era la fatal consecuencia de su error al abandonarla en el Hotel de Ciudad Granitos. Nunca, hasta entonces, se permitiera Na-

dina desoir sus consejos ni, menos, desconocer y burlar su autoridad.

Ahora todo se había perdido.

¿Y qué amenaza era la que contenían sus últimas palabras? ¿Qué es lo que pensaba hacer?...

Al separarse de su padre, Miss Pelham se



—¡Su apellido, su precioso apellido!... ¡No piensa usted más que en su apellido!..

puso al teléfono y pidió comunicación con Howard B. Hopper. La llamada telefónica le sorprendió a éste en su despacho. Tuvo un gesto de fatiga, como hombre harto de oír sonar el timbre y que no espera ningún aviso interesante; pero en cuanto oyó que era ella quien le llamaba, su actitud cambió.

—¡Oh, Nadina, qué sorpresa!

Y mayor fué la que recibió cuando Miss Pelham le dijo:

—¿Puede usted venir por mi contestación esta tarde a las cinco?

—Si quiere usted iré a las cuatro... o mejor a las tres...

—No, no, ha de ser a las cinco.

Y a las cinco en punto de aquella tarde, Hopper fué recibido por Nadina que le ofreció su mano para que colocara en ella el anillo de prometida... el tercero en menos de un año y no el último, probablemente.

Sir Eduardo, con sus amigos los Crombie, asistió a este acto sintiéndose íntimamente amargado.

—Tú tienes la culpa de todo —le dijo Lord Crombie—. Primero Eustaquio, al que ella no quería...

—Ella nunca se opuso a ese matrimonio. Si me hubiera hablado, yo...

—No necesitaba hablarte —le interrumpió su antiguo camarada—. Debiste verlo tú, como yo lo vi y como lo vió mi mujer... Y después de Eustaquio, fué tu precipitación en casarla con Delaval, sin oírles siquiera; y ahora, el disparate enorme que va a cometer como consecuencia de aquello... ¿Por qué no la dejaste a ella misma elegir marido a su gusto?

Sir Eduardo no replicó nada.

Lady Crombie, entonces, recordando su conversación con Nadina horas antes, dijo:

—Yo creo que ama a Delaval.

—Si lo quisiera —repuso sir Eduardo— no se

hubiera divorciado, y si queriéndolo, se divorció, su conducta resultaría absurda.

—¡Ah, querido amigo! ¡Qué mal nos conoces! La lógica de las mujeres nunca es la lógica de los hombres... Créeme a mi: Nadina ama a Delaval.

—Pues no lo entiendo.

—Sin embargo, es bien fácil... La conducta de tu hija en estos últimos días, me confirma en lo que digo... Ella está obrando indudablemente para olvidar, y en su última determinación, entra por mucho el despecho...

—¿Despecho de qué? —preguntó sir Eduardo.

—Despecho por las cosas que tú le habrás dicho y despecho porque Delaval no ha vuelto a verla... Creo sinceramente que, con un poco de tacto, aun estamos a tiempo de evitar esa, por todos conceptos, disparatada boda...

Hizo una pausa y añadió:

—... Para mí ni quisiera merecería el nombre de tal.

El Barón de Pelham empezó a ver un poco claro. Resultaba que toda la culpa era suya.

Buscó con los ojos a su hija. Nadina había salido con su nuevo prometido al jardín, no porque lo deseara, sino por mostrarse generosamente cordial con el hombre que, por un amor propio lamentable, iba a ser su esposo.

A pesar de esto, ella no podía amarle nunca. Lo advertía claramente.

El quiso ser amable y apasionado e intentó besarla.

—¡Ah, no! —protestó Nadina.

Y, aunque al decirlo, procuró sonreír, por



A pesar de esto, ella no podía amarlo nunca. Lo advertía laramente.

sus ojos pasó una nube de amargura, que traicionó su expresión.

Regresaron al interior de la casa. Hopper se acercó a saludar al barón de Pelham.

—¿Qué le parezco yo para yerno, sir Eduardo?

El padre de Nadina lo miró de arriba abajo y no contestó. Su silencio era respuesta adecuada y bastante a la pregunta impertinente y ociosa del infatuado millonario.

En días sucesivos tratóse de disuadir a la joven de aquel matrimonio, pero a pesar de las amenazas de su padre y de las insinuaciones de Lady Crombie acerca de los defectos de Hopper, Nadina no cedió un punto en su descabellado propósito.

Y llegó la fiesta de la víspera del día señalado para su casamiento.

Viendo la obstinación de la joven, su padre y sus amigos habían ideado un plan con la esperanza de que su ejecución sirviera para impedir el matrimonio.

Los salones se hallaban llenos de invitados. Entre ellos, con su aire de niño zangolotino, encontrábase Eustaquio Pelham.

Lady Crombie, que hacía los honores de su casa, aprovechó un momento para aproximarse a sir Eduardo y decirle:

—Delaval llegó anoche a consecuencia de tu telegrama... Bronson lo traerá luego aquí.

—¿Y él sabe algo acerca de la fiesta de esta noche?

—No, él no sabe nada, ni siquiera que Nadina está aquí.

Este era el principio del plan ideado por el

talento diplomático y la astucia femenina de Lord y de Lady Crombie.

Hopper, encantado de su suerte, habíase reunido en el comedor con unos cuantos jóvenes.

—¡Bebamos por mi despedida de la vida de soltero!—propuso.

Delaval acababa de llegar. Salió a su encuentro sir Eduardo, que lo saludó cariñosamente, con alguna extrañeza por parte del ingeniero.

—¿Me permite hablar dos palabras con usted?

Bayard inclinóse ceremoniosamente.

—Delaval—comenzó diciendo sir Eduardo—, he comprendido, tarde ya por desgracia, todo el mal que le hice a usted y también a mi hija... Deseo darle a usted una explicación.

Aquel explícito reconocimiento del error cometido agradó mucho al ingeniero, aun cuando él llevase aún abierta la herida que le produjera su fracaso sentimental, todo por culpa del barón de Pelham.

—A quien más ofendió usted con su sospecha fué a su propia hija—dijo—. ¿Le ha dado usted explicaciones a ella?

Sir Eduardo humilló la cabeza tristemente.

—¡Mi mayor dolor es que he perdido ya toda mi influencia sobre ella!—lamentóse.

Temía que fracasara el plan. Decepcionado por el desdén con que le trataba Nadina, sir Eduardo ya no confiaba en nada.

Pero allí estaba Lady Crombie para encargarse de hacer lo que más conviniera, y llamando a Delaval, sin que él presumiese lo que

iba a pasar, corrió una cortina y puso frente a él a Nadina, que acababa de entrar en el salón.

Al verse, los dos quedaron inmóviles, sintiendo que una angustia, dulce y dolorosa a la vez, los invadía.

Repuesto de su sorpresa, el ingeniero se adelantó a saludar a Miss Pelham.

—Yo no esperaba encontrarla a usted aquí—dijo sin poder ocultar su alegría.

—Yo tampoco—repuso con ansiedad Nadina.

Guardaron silencio unos instantes, y Delaval añadió:

—Me parece que los dos hemos sido víctimas de una equivocación... ¿Me permite usted que venga mañana a darle todo género de explicaciones?

Nadina titubeó antes de contestar:

—Mañana es el día señalado para mi boda con Howard Hopper.

La inesperada revelación produjo un tic nervioso al ingeniero.

Y los dos amándose inmensamente, sufrieron en aquel instante el lacerante dolor de no decirselo, aun cuando lo deseaban.

Hopper había salido del comedor y, al ver a su prometida con un desconocido, preguntó quien era.

—Ese es Bayard Delaval—le explicaron—, el hombre con quien Nadina se casó en Nevada, y del que se divorció al día siguiente.

La noticia provocó la risa de Hopper, quien, lleno de curiosidad, acercóse a Nadina.

—Señor Delaval—dijo ella señalándole su

prometido —, este caballero es el señor Hopper, mi futuro esposo.

Los dos hombres se miraron con atención.

El primero en hablar fué Hopper, que dijo una de las muchas tonterías, que acostumbraba a producir su pobre caletre.

—Por lo visto, usted y yo vamos a ser *mari-*



—Mañana es el día señalado para mi boda...

*dos políticos.*

Y el millonario impertinente rióse de su gracia, saludó y los dejó solos.

Después de aquello, nada le quedaba ya que hacer a Bayard. Un instante fijó sus ojos tristes en Nadina y, con voz ligeramente velada por la emoción, se despidió.

—Le deseo a usted sinceramente toda la felicidad que yo creí poder proporcionarla.

Instantes más tarde, Delaval abandonaba la casa de los Crombie y volvía a su hotel.

Hopper creyó oportuno exponer la opinión que su antecesor le merecía, y dijo a Nadina.

—Ahora que conozco a tu primer marido, no me parece que has tenido tan mal gusto al elegir el segundo.

Mal momento era aquel para que él se permitiera decir sus banalidades incorrectas.

Ella lo miró con desprecio y le volvió la espalda.

—¡Nadina!—exclamó él.

Sin hacerle caso, Miss Pelham subió a sus habitaciones, y aunque él se interpuso en su camino, obligóle a dejarle libre el paso.

Entró en su gabinete precipitadamente, cerró tras sí y, después de meditar unos segundos, cogió el teléfono.

—¿Está en ese hotel el señor Delaval?—preguntó en cuanto la pusieron en comunicación.

—Haga el favor de esperar un momento.

Tuvo que esperar unos minutos, que se le antojaron inacabables, antes de que le contestasen... Al fin sonó el timbre.

—No, no está.

Una dolorosa inquietud reflejóse en el rostro de la joven.

«¿Se habrá marchado ya, Dios mío?», se preguntó.

Al cabo de un rato volvió a llamar:

—¿No ha llegado aún el señor Delaval?

—No, aun no ha llegado.

Nadina colgó el auricular desesperada.

En aquel momento, Bayard entraba en su cuarto y se acercaba al teléfono, cuyo timbre sonaba con insistencia.

—¿Quién es?... ¡Oígal...

—Era una señora la que llamaba—le contestaron—, pero se ha retirado ya, señor Delaval.

El ingeniero no supuso ni adivinó nada. «Un error en el número del que ha llamado, seguramente», pensó.

Sentía un dolor muy agudo en su alma fuerte de hombre digno, y con la herida de su corazón abierta nuevamente, se disponía otra vez a huir hacia las minas, a encerrarse entre las montañas de Nevada, tan evocadoras para él desde que Miss Pelham pasó un día allí para elevarlo a las cimas ideales del amor y precipitarlo luego en el abismo de la desesperación.

También sufría Nadina. Ella había encontrado en los caminos alegres de su juventud, la personificación de Bayard, su héroe, «el caballero sin miedo y sin tacha». Ella lo amaba con todos los afanes y todas las ternuras de su alma virgen de pasiones, que sólo había querido una vez a un hombre y que ya no podría olvidarlo nunca ni querer a otro alguno. Y he aquí que por culpa de su padre y por culpa suya lo perdió una vez, y que ahora, cuando volvía a pasar por su lado insinuándole su cariño, iba a perderlo también...

Nadina se desesperaba. Temía zozobrar en su propia angustia, tan dolorosa que se le hacía insufrible.

Pero una idea súbita, arriesgada, nació en

su pensamiento, y comprendiendo que si la seguía, podía abrigar alguna esperanza de recobrar sus perdidas ilusiones logrando un poco de felicidad, echóse un abrigo sobre su traje de noche y abrió la puerta del gabinete.

Encontróse a Hopper, que le preguntó con acritud:

—¿Qué es lo que pretendes hacer?

—No tengo que darle a usted explicaciones.

—Yo necesito saber...

Ella no le dejó concluir, deslizándose rápidamente por las escaleras.

Su prometido la siguió, y, los dos en «auto», uno detrás de otro, llegaron al hotel de Delaval con una pequeña diferencia de tiempo.

Hallábase el ingeniero arreglando su equipaje, cuando entró Nadina.

Los dos, al verse, se comprendieron, y ella, acogiéndose a sus brazos, balbució temerosamente:

—Yo estaba ciega, Bayard, completamente ciega por mi orgullo, que me impulsaba a cometer un disparate del que nunca me hubiera arrepentido bastantel... He venido para que tú me ayudes a vencerlo... ¿Quieres ayudarme?

Delaval la estrechó contra sí.

Otra vez la puerta del cuarto se abrió, apareciendo en su marco Hopper, el cual, sin un gran esfuerzo, se dió cuenta de que allí estaba de más. Pero siempre cínico, se adelantó y, dirigiéndose a Nadina, dijo:

—Si no tiene inconveniente me quedaré con la sortija.

Miss Pelham se apresuró a devolvérsela.

—Yo siento mucho, señor Hopper...

Y el millonario, después de guardarse la sortija, creyendo que su fortuna era más que suficiente para pagar el amor de una mujer, interrumpió a Nadina:

—Claro que lo sentirá... ¡Es natural que lo sienta!

Y siempre en su papel de fátuo y de impertinente, salió cerrando tras sí con un portazo.

Nadina y Delaval, conmovidos por su propia dicha, se miraron con un entusiasmo que encendía sus ojos, y de pronto se abrazaron.

Y como en una noche ya lejana, ella, enlazándole los brazos al cuello, murmuró:

—¡Tú eres Bayard! ¡Mi héroe! ¿No es cierto?

Y los labios de él, buscando los suyos, le dijeron que sí...

FIN

*(Prohibida la reproducción)*

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

---

PRÓXIMO NÚMERO:

La hermosa producción

# I PAGLIACCI

(Payasos)

según la famosa ópera de

R. Léoncavallo

que le hizo inmortal

¡GRAN ÉXITO!

Protagonistas:

ADELQUI MILLAR  
y LILLIAN H. DAVIS

Postal-fotografía:

GINETTE MADDIE

LA NOVELA SEMANAL

: CINEMATOGRAFICA :

sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

## Números publicados

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2. El Valle Florido, 3 edic. 3. Amor de madre, 3 edic. 4. La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5. La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7. Una mujer, 3 edic. 8. Pesadillas y supersticiones, (extra). 3 edic. 9. Desinterés, 3 edic. 10. El Hábito, 3 edic. 11. Jimmy Sansom, 3 edic. 12. La primera novia, 3 edic. 13. El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 3 edic. 14. El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 edic. 15. La Tormenta, 3 edic. 16. Flor de amor, 3 edic. 17. La Pantera Negra, 3 edic. 18. Bajo dos banderas, 3 edic. 19. Corazón de lobo, 3 edic. 20. Sueños juveniles, 3 edic. 21. El mundo y la mujer, 3 edic. 22. Corazones humanos, 3 edic. 23. El premio gordo, 3 edic. 24. La desconocida, 3 edic. 25. Robin de los bosques (extra). 3 edic. 26. La Verdad Desnuda, 3 edic. 27. El octavo no mentir, 3 edic. 28. Cleo la francesita, 3 edic. 29. La hija del pasado, 3 edic. 30. La chica del taxi, 3 edic. 31. La hija de los traperos, 3 edic. 32. El príncipe escultor, 3 edic. 33. Llovido del cielo, 3 edic. 34. Mujeres frívolas, 3 edic. 35. Al calor del hogar, 3 edic. 36. Sapho, 3 edic. 37. Directo de París, 3 edic. 38. Lo que vale una mujer, 3 edic. 39. El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40. La sombra del padre, 3 edic. 41. Madame Morland (extra). 3 edic. 42. Un juego peligroso. 43. De mal agüero. 44. Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45. El delincuente. 46. La hija del Arrabal. 47. El rancho del oro, 3 edic. 48. El falsario. 49. De los confines del silencioso Norte. 50. Entre hielos. 51. La Rosa de Nueva York (extra). 2 edic. 52. El precio de la belleza. 53. Contra viento y marea, 2 edic. 54. No me olvides, 2 edic. 55. En los jardines de Murcia (Maria del Carmen). 56. Sacrificio de amor. 57. Eugenia Grandet, 2 edic. 58. La Bohème (extra) 3 edic. 59. ¡Pobre Violeta! 60. Realidades de la vida, 61. ¡Estaba escrito! 62. Las dos huérfanas, 4 edic. 63. El pescador de perlas. 64. La sin ventura (extra) 3 edic. NÚMERO ALMANAQUE. 65. La pequeña parroquia. 66. Frou-Frou. 67. La Famosa señora de Fair. 68. La apuesta sensacional. 69. El Secreto del Polichinela (extra). 70. La Quinta Avenida. 71. El duo-

décimo mandamiento. 72. Maruxa. 73. La hija del Nuevo Rico. 74. ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75. Relámpago. 76. La Dolores. 77. Como la arena. 78. La cuna vacía. 79. El encanto de Nueva York. 80. Borrascoso amanecer (extra). 81. Rosario la Cortijera. 82. La película sin título. 83. Una mujer como otra cualquiera. 84. Todos los hermanos fueron valientes. 85. La batalla (extra). 86. Espejos del Alma. 87. Gloria fatal. 88. Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89. Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90. El muchacho de París. 91. Las sentencias del Destino, (extra). 92. Redención. 93. Alma de Dios. 94. La señorita del pelo corto. 95. Las hijas de los hombres ricos. 96. El novelista y su esposa (extra). 97. La puerta cerrada. 98. Una pobre maniquí. 99. A todo trance. 100. ¿Por qué tanta prisa? 101. La Casa de la Selva (extra). 102. La princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERÁ). 103. En busca de la felicidad. 104. El buen camino. 105. Amor de árabe. 106. El puñado de rosas. 107. El Milagro (extra). 108. Risas y lágrimas. 109. El Nido de Amor. 110. La venganza de una hermosa. 111. Juez de sí mismo. 112. El caballero sin tacha (extra).

## EN BREVE

aparecerá en la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

de

La Novela Semanal  
Cinematográfica

la famosa novela

## EL ESCÁNDALO

NO DEJE DE ADQUIRIRLA

### Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplín. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Franck Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpín. 15, Pina Menicheli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, "Snub" Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial) 86, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac-Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Orborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA (especial). 103, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine MacDonald. 112, Earle Williams.